

Pasaron los días. Las hormigas rojas hicieron nidos y reglas. La papaya ya no estaba sola, pero tampoco era libre.



—Nosotras te cuidaremos —dijeron las hormigas rojas. Rodearon el tallo y ahuyentaron a los murciélagos.



Cuando los murciélagos volvían, las hormigas rojas los espantaban. Después, con hambre, mordían la pulpa dulce.

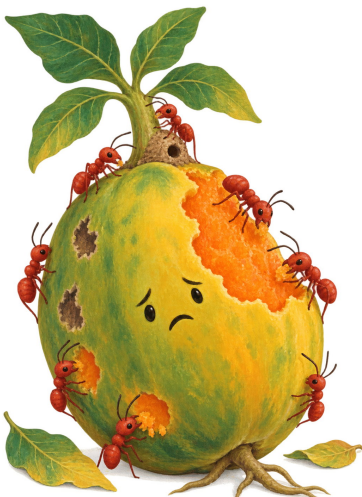


De noche llegaron murciélagos. Mordieron la fruta y dejaron la papaya temblando bajo la luna.

Al sentir los mordiscos, la papaya guardó silencio por miedo. A la orilla la señalaban: «Es la zona roja», decían.



En la granja había un centro cuidado y una orilla más sola. Allí crecía una papaya.



Ya no quedaban murciélagos. Las hormigas rojas, que llegaron como protectoras, ahora eran quienes se comían la papaya.

¿Qué pasa cuando quienes prometen proteger empiezan a dañar?



La papaya de la zona roja

Una historia sobre el cuidado y el poder

